

El Venado

El sol se ocultaba en el horizonte, y las sombras de las altas casas nos envolvían con su misterio. Blanca y yo solíamos caminar por la plaza después del colegio, pero aquel día un grito desgarrador nos sacudió de golpe. Una mujer se desplomó al otro lado de la calle y un hombre corría en dirección opuesta, doblando a la derecha por Aquiles Serdán.

Mi cuerpo se movió por sí solo; todo fue tan rápido que apenas recuerdo haberme quitado los cordones de mi mochila. Miré a Blanca, esperando que comprendiera mi siguiente movimiento. Solté su mano y me lancé tras el sujeto.

Luego de los primeros metros, creí que lo alcanzaría sin problema. Después de todo, solía jugar al baloncesto en el colegio y me sentía ágil y fuerte. Pero no había tiempo para pensar, solo para correr.

Corrí con todas mis fuerzas, esquivando coches estacionados y banquetas cuarteadas, aún sin saber qué haría si lo alcanzaba. Hubo un momento en que la distancia se redujo tanto que mis manos comenzaron a empuñarse. Pero él fue más rápido y yo desistí patéticamente. No pude soportar el dolor que se extendía desde mi abdomen, ni el mareo que me invadía.

«Es un venado», pensé.

Esa era la frase que mi hermano Víctor usaba para describir a quienes corrían como si su vida dependiera de ello. Agotado y sin aliento, caí de rodillas mientras el venado escapaba. Llegó a la calle Colón, vaciló en el cruce y siguió en dirección a Juárez.

De repente, un rugido de motor me hizo alzar la vista. Un hombre robusto de mediana edad iba en una motoneta; su corpulencia y piel clara relucían bajo el farol mientras pasaba junto a mí. No entendía lo que sucedía, pero adelantó al venado y bloqueó su huida. Era un aliado.

Actuaron con precisión. Aunque el hombre parecía titubeante, bajó de la moto y se plantó frente al animal. Mantuvieron la distancia apenas un segundo; el venado parecía dispuesto a un enfrentamiento breve, tal vez solo para desarmar a su atacante y escapar sin más contratiempos.

Reemprendí mi andar jadeante mientras contemplaba aquella extraña danza. El hombre dibujaba círculos en torno al venado, sujetaba la hebilla de su cinturón con firmeza y lanzaba latigazos: uno, dos, tres. El ciervo esquivaba cada golpe con elegancia felina. Finalmente, asestó una patada al estómago de su adversario, que cayó al suelo más por la sorpresa que por el impacto.

Cuando recuperé un poco de aire, troté hasta ellos. El ciervo, alerta, volvió a huir. El hombre me lanzó una mirada aliviada y se incorporó junto a su moto en cuanto llegué.

—¡Súbete! —me dijo, abriendo un hueco en el asiento—. Ya casi lo tenemos.

Con apenas un par de palabras, forjé un vínculo fraternal con aquel ser humano. Pero no había tiempo para reflexiones, pues la persecución imperaba.

La calle Aquiles Serdán, oscura y desierta, desembocaba en Juárez, una avenida principal repleta de gente e iluminada. Cuatro carriles —dos en cada sentido— divididos por un camellón angosto. El ciervo, exhausto, se detuvo un instante en el asfalto para recuperar fuerzas antes de cruzar el tráfico con saltos torpemente calculados.

Parecía exhausto y redujo la marcha. Con paso lento se fundió entre la multitud, sacó el teléfono y marcó con dedos temblorosos.

Un grito de auxilio brotó de mi garganta mientras señalaba al prófugo, pero los transeúntes parecían vivir en un mundo diferente. El venado proseguía su paseo apacible por la banqueta, negando con sus movimientos cualquier acusación.

Los altos bordes del camellón nos impedían cruzar Juárez como él lo había hecho. Lo vimos alejarse por la derecha, mirándonos de reojo, pero de pronto cambió de parecer y regresó por la izquierda. Mi compañero, cegado por la adrenalina, se lanzó con la moto en sentido contrario.

Sorteamos un par de coches y algunos insultos. Al llegar al camellón, salté de la moto y reemprendí la persecución con un segundo aire. El fugitivo, a quince metros de distancia, tecleaba en el móvil con desesperación, pero al verme aproximarme, colgó y retomó la huida. Sin embargo, mi breve descanso me había dado ventaja y recortaba la distancia con cada zancada.

No lo alcancé de inmediato, pues el venado aún podía correr, pero le recortaba distancia a cada fracción de segundo que pasaba. Cruzamos la angosta Insurgentes sorteando puestos ambulantes. La muchedumbre nos lanzaba palabras duras e incomprensibles, pero nada nos detenía. Corría impulsado por una extraña inercia instintiva. El dolor abdominal regresó como una estocada, pero lo soporté.

Finalmente, llegamos al cruce con la Hidalgo, donde la banqueta terminaba y logré alcanzarlo.

Al llegar al cruce con Hidalgo, la banqueta se desvanecía y supe que era el momento. Calculé instintivamente la mejor manera de detenerlo: tomarlo de la ropa era arriesgado y podría soltarse. Entonces salté, me aferré a sus hombros y lo empujé con toda mi fuerza. El impulso lo desestabilizó: cayó de frente en el concreto.

Fue entonces cuando lo sujeté como pude y advertí que era más bajo que yo. En ese instante, ambos supimos que la contienda había terminado.

—¡Yo no hice nada, yo no hice nada! —repetía el venado con desesperación. Recuperé el aliento y le respondí:

—¿Entonces por qué corriste?

Mi compañero llegó segundos más tarde, dejó la moto a un lado y se subió sobre el lomo del venado, aplastándolo contra el suelo. Imposible escapar de aquella prisión.

—¡Yo no hice nada, yo no hice nada! —seguía gritando el pobre animal, pero sus palabras se extinguían en el aire.

Un círculo de rostros curiosos nos rodeaba cuando dos policías se acercaron. No pude articular una palabra. Ciertamente lo atrapé, pero no sabía nada más. Los agentes tomaron la custodia del venado mientras mi compañero describía el robo ocurrido minutos antes.

Poco después irrumpió otro hombre, rojo de ira:

—¡Si le pasa algo a mi esposa, te mato, imbécil! —vociferó.

Un policía lo sujetó antes de que lanzara el primer puñetazo. Los oficiales continuaron su labor, tomando notas y esperando la patrulla.

En medio del caos, recordé a Blanca: debía estar sola, preocupada donde la dejé.

—Ya debo irme —dije al hombre de la moto.

Nos despedimos con un apretón de manos y un abrazo. Él me agradeció con la mirada, y yo le devolví una leve sonrisa antes de partir.

Al regresar, crucé Juárez y retomé Aquiles Serdán. Noté cómo el ambiente se transformaba al caer la noche: el alumbrado público teñía de naranja los autos empolvados aparcados a ambos lados de la calle desgastada. Ese lugar me parecía ahora ajeno, oculto a la vista y sumido en su propia soledad.

De pronto, una idea iluminó mi mente: tal vez me había convertido en un héroe aquella tarde. Un ser noble y valeroso que no tolera la injusticia ni la corrupción del mundo. Pero, al instante siguiente, sentí un vacío inmenso; mi victoria sobre el venado me supo amarga. No era la forma en que debía sentirme. Algo estaba mal.

Caminé junto a un coche que destacaba por su vejez, descolorido y corroído por el óxido. Lo observé unos segundos, cautivado por la curiosidad, y me acerqué para mirar a través de la ventana lateral. Solo vi mi reflejo difuso tras una capa de mugre; la imagen era una silueta humanoide y abstracta. ¿Era realmente yo? Incliné la cabeza y confirmé que así era. No pude evitar pensar en cómo el tiempo y la negligencia habían convertido aquel automóvil en un objeto inútil, y cómo también habían transformado mi propio aspecto hasta hacerme apenas reconocible.

Blanca me esperaba. Dejé de divagar y continué caminando. De repente sentí una punzada de ansiedad. Ignoraba el instante exacto en que volví a echar a correr. Llegué al cruce donde todo había comenzado, giré a la izquierda y allí estaba ella, en el mismo lugar donde mi absurdo heroísmo había desatado aquel impulso. No pensé en que el ladrón pudiera portar una navaja, ni en posibles cómplices al acecho tras los coches estacionados en Aquiles Serdán, listos para saltar y acribillarme. Pero, paradójicamente, en ese caos no pensé en nada... y, al mismo tiempo, lo pensé todo.

Finalmente, Blanca, con su dulce voz, logró sacarme de mi trance.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella con suavidad, observándome con mezcla de preocupación y alivio—. Esto sucede con frecuencia en el centro; no dejes que te afecte.

—Estoy bien —respondí—. Solo estaba pensando que quizá podría haber hecho algo.

Sí, pude haber perseguido a aquel ladrón en lugar de quedarme parado inútilmente, imaginando un universo donde mis propias fantasías me hacían sentir vacío. Pero, al igual que el venado, yo tampoco hice nada.